

SERMÓN
DEL DULCISIMO NOMBRE DE MARIA

FREDICADO AL

Muy Ilustre Colegio de Abogados de la ciudad de Valladolid

EL AÑO DE 1884

en los solemnes cultos que dicha
Corporación consagra anualmente á la Santísima Virgen.



*In me omnis gratia viae et veritatis
in me omnis spes vitae et virtutis.*

En mí está toda la gracia del camino
y de la verdad; en mí toda esperanza
de vida y de virtud.

ECCLI., XXIV, 25.

OH Virgen Madre, Hija de tu propio Hijo, la más elevada y más humilde de todas las criaturas, término invariable de la voluntad eterna! Tú ennobleciste la humanidad, cuyo Autor no desdeñó convertirse en su misma obra. En tu seno se inflamó el amor á cuya llama germinó la voz de eterna paz. Tu magnanimidad no sólo atiende al que te implora, sino que se anticipa á tu demanda. En Ti residen la misericordia, la piedad y la munificencia. Eres, Madre mía, tan inmensa y tan poderosa, que el que pretende gracia sin recurrir á Ti, se propone elevarse sin alas, y nosotros te dirigimos hoy nuestras súplicas, á fin de que deshagas con tus preces las nubes de la mortalidad, y nos prestes fuerza y aliento para

alzar la vista hacia el Bien Supremo é Infinito (1).•

Excmo. Señor: Este dulce y fervoroso saludo á la Virgen María no ha nacido en mi mente, por más que mi corazón y mi alma aspiren á ennoblecerse y á identificarse con su entusiasmo y su ternura. Brotó esa invocación peregrina, como tributo de veneración profunda y como ruego de un espíritu contrito, en la razón privilegiada de aquel poeta gigante de los siglos medios, que, recogiendo en sí todas las grandes creaciones y todas las armonías de Virgilio, el heraldo inmortal de las edades evangélicas, las sublimó con la luz de los misterios cristianos, con las conclusiones ciertas de la Teología católica, y con las vehemencias de un corazón recto y generoso, legando á todos los siglos enseñanzas y hermosuras no aventajadas jamás, y acaso no igualadas, por la fantasía ni por el genio. Puso Dante aquella salutación devota en los labios de San Bernardo, pidiendo á la celestial María que mostrase ante la vista del poeta los secretos de la Verdad y el Bien, y mantuviera vivas, después de tanta dicha, las adoraciones de su espíritu; y yo, Señor Excelentísimo, de razón obscura y débil para producir cosas altas, he querido comenzar mi discurso repitiendo aquellas preces inflamadas, ya para que á vosotros, entendimientos cultivados y clarísi-

(1) Dante: *Parad.*, Cant. XXXIII.

mos, os eleve más y más esa amorosa Madre por las esferas de la verdadera ciencia, hasta abriros las moradas de la Sabiduría, ya para que se digne iluminar asimismo mi mente, á fin de hablar con santa unción de sus bondades y sus glorias, y de poder también acercarme en algún modo á la medida de vuestro saber y á las alturas de vuestra elocuencia.

Y bien, Señores Abogados; permitidme ahora, en medio de estos ímpetus del sentimiento religioso, que yo quiera explicarme lo que hallo de singular y peregrino en estos solemnes cultos. Las Academias y los Institutos científicos acuden generalmente á iluminar su ciencia bajo los claros destellos de aquellos grandes Santos que fueron al par celebérrimos Doctores, Tomás de Aquino ó Teresa de Jesús: ¿cómo vosotros, pues, venís todos los años á esclarecer más y más vuestra profesión y vuestra inteligencia al amparo de la Madre de Dios, en la contemplación suavísima de su amoroso nombre? Pero ¡ah! no es difícil adivinarlo. Debe de ser porque en el nombre de María se contiene toda la síntesis cristiana, se revelan todas las gracias de la naturaleza y todos los encantos de la gracia divina: y es, sin duda, especialmente porque esa Virgen celestial, de pureza inmaculada, de virtudes inefables, consuelo de los corazones que lloran, embeleso de los corazones sencillos, se ofrece á vuestra meditación como la obra maravillosa y acabada de la Justi-

cia Eterna, de la Verdad Absoluta, de la Misericordia Infinita.

El nombre de María tiene muchas significaciones profundas. Él significa *Reina*, porque los cielos y la tierra cantan y adoran sin cesar á la Madre del Verbo: significa *Esperanza*, porque su amor para con el hombre iguala á su poderío: significa *Océano*, porque sus carismas, sus dolores, sus virtudes, son inmensos como las grandes aguas. Y, sin embargo, yo sólo he de fijarme hoy en aquella significación graciosa, á cuyo detenido estudio consagraron sus fervorosos acentos dos de los Santos Padres y Doctores más místicamente enamorados de las excelsas prerrogativas de la Santa Virgen, San Ildefonso y San Bernardo; María, *Estrella del Mar*.

Sí: María es la Estrella refulgente que brilla junto al Sol de la Soberana Justicia, Jesucristo, y por esto la Iglesia llamará simbólicamente á María «Espejo de esa Justicia.» María es la Estrella esplendorosa, reflejo de una Luz Increada que, iluminando siempre á la Iglesia de Jesucristo, sirve á la vez de norte al entendimiento humano, y por eso será igualmente llamada «Asiento y Trono de una Sabiduría Infalible.» María, por último, es la Estrella que guía y que salva á las generaciones fieles y á los pueblos atribulados, y así será llamada «Auxilio de las almas que vivan y que oren en la doctrina y en los tabernáculos de la Iglesia de Cristo.» Y he aquí, Señores

Abogados, por qué á vosotros, hombres de la justicia y de la ley, maestros de la palabra y de la ciencia, guardadores y defensores del Derecho de gentes y de la conciencia pública cristiana, yo me propongo mostraros el nombre de María como la Estrella que conduce á nuestro espíritu por los caminos rectos, por las verdades salvadoras, por las consolaciones indecibles. *In me omnis gratia viæ et veritatis; in me omnis spes, vitæ et virtutis.*

I. *En cuanto María nos dirige por los caminos de la rectitud, diremos que esa Estrella, es «Espejo de la Justicia Eterna.»* Speculum Justitiae.

II. *En cuanto garantiza al hombre la posesión de la verdad, apartándole del error, diremos que esa Estrella es el «Trono de la Sabiduría Infinita.»* Sedes Sapientiae.

III. *En cuanto es escudo de las naciones creyentes y de las causas santas, diremos que esa Estrella es el «Amparo de las sociedades cristianas.»* Auxilium Christianorum.

¡Oh Nombre dulcísimo é inefable de la Virgen María! Si Tú te dignas inspirar mi labio, yo intentaré explicar tu altísimo sentido, y esforzaré mi corazón y mi mente para hacerte reverenciar y amar de cuantos hoy se congregan bajo las sagradas bóvedas. Tú eres la Madre de la Divina

Gracia, y nunca el Espíritu Paráclito podrá negar sus dones á quienes Tú favorezcas con tu protección y tu amor. Acoge, pues, Madre mía, mi humilde súplica, y recibe de estos tus devotos hijos la hermosa salutación del Arcángel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

I

CUANDO el hombre religioso medita sobre el fondo de las enseñanzas católicas y se sumerge en la contemplación de sus dogmas con aquella humildad de entendimiento, con aquella sencillez del corazón que ahuyentan toda soberbia loca y toda pasión ciega, si su razón finita no alcanza á comprender los mundos de lo sobrenatural y lo eterno, él los confiesa y adora, y hasta puede decirse en cierto modo que los adivina y vislumbra. Penetremos, pues, Señores, en esos santuarios de la verdad con espíritu reverente y sereno, y tratemos de distinguir con la mirada de nuestra fe secretos que Dios tiene reservados en el libro de su Sabiduría y su Providencia.

Dícenos el Apóstol San Juan, el Evangelista del amor, que «en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo» (1) Y

(1) Cap. I, vers. 1.

este principio era la eternidad, concepción tan alta y tan sublime, que nuestro entendimiento no puede ni comprenderla ni expresarla, sino en términos de comparación con lo temporal y lo humano. Y en esta eternidad Dios existía dentro de sí, gozándose en la perfección de sus Atributos, viviendo en la Unidad de su Esencia, pero engendrando con su Entendimiento Increado un término igual que se correspondiese con su propio Entendimiento: de cuyos dos términos procedía necesariamente otro término de amor: relaciones absolutamente indispensables de toda vida inteligente y libre, de toda criatura que conozca y ame. Y de este misterio inefable de la Unidad de la Esencia Divina y de la Trinidad de Personas; de esa denominación teológica y de realidad suprema del Dios Padre, del Dios Hijo, del Dios Espíritu Santo, dogma que si es superior á la razón humana no es, no puede ser contrario á ella, vendrá ya derivándose, como el río de la fuente, el acontecimiento que llena los siglos, el punto capital de la Religión cristiana; primero, la operación externa de Dios, esto es, un mundo creado cuando su Omnipotencia y su Sabiduría lo decretan; después la prevaricación del hombre creado por Dios y que abusa de su libre albedrío; la promesa de un Redentor que levante á la humanidad de su dolorosa caída; la aparición, en fin, sobre la tierra de un Dios-Hombre que toma carne humana para rescatar al mundo con ofrenda de valor infinito, pro-

porcionado á la malicia de la ofensa inferida al Supremo Creador del Universo.

Jesucristo, Señores, redime á las generaciones degradadas con su palabra, con su doctrina, con sus milagros, con su Pasión y con su Muerte; con el Evangelio de verdad y de amor que ha legado á los siglos. ¡Oh! Penetremos á fondo en las enseñanzas que ese Evangelio contiene, en las virtudes que impone, en los bienes que difunde, y decidme si ha habido ó habrá legisladores capaces de reformar sus preceptos, moralistas que perfeccionen sus máximas, corazones que posean y que más dulcemente revelen los secretos de la caridad, de la justicia, de la misericordia y del sacrificio. El mundo todo deberá, pues, vivir de Cristo y de su Evangelio. Las potestades de la tierra han de reconocer en Él el origen de su autoridad, la fuente de todo derecho, porque Él es la personificación de aquella entidad soberana que decía en los *Proverbios*: «Por mí reinan los Reyes, por mí mandan los Príncipes, y los legisladores decretan cosas justas (1).» Las naciones deben amarle y adorarle, porque Él es el amigo y el bienhechor más amante de todas las gentes y de todos los pueblos. Los infortunados del mundo deben á toda hora buscarle y bendecirle, porque son un grito supremo del Corazón de Jesús estas palabras inolvidables, desconocidas de toda la

(1) *Prov.*, VIII, 15.

antigüedad pagana: « ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! » (1)

Es decir, que Jesucristo, Sol resplandeciente y eterno de Justicia, es luz que brilla en todos los mundos y en todos los tiempos. Pero antes de que ese Sol apareciese corporalmente en los horizontes del mundo, surgió una pura Estrella en el cielo sombrío de las sociedades extraviadas, y de esa clara Estrella procedería aquel Sol radiante. La humanidad de Cristo había de tomar forma en el seno castísimo de una Mujer sin mancha, y la Mujer elegida para tan elevado destino es la Virgen María. ¡Ah! Estudiemos nosotros á esa mujer incomparable, descrita en el *Apocalipsis* (2) por una mano amada, pero mano dirigida por un impulso divino, y á la que los amores de la tierra, por tiernos y por intensos que fueran, no podían inspirarle, ni hacerle estampar otros afectos, sino pureza, y justicia, y verdad: mirémosla cubierta con el sol, y la luna debajo de sus pies, y ceñida su cabeza con una corona de doce estrellas, y hallaremos en la Virgen María aquella feliz criatura que, sin ser Dios por la esencia, ha logrado confinar con la naturaleza divina, como enseñaba admirablemente Santo Tomás de Aquino: y veremos asimismo con refulgente luz, con claridades sobrehumanas, que esa visión del Evangelista de Pathmos es el retrato acabado de aquellos gracio-

(1) *Matth.*, V, 5.

(2) *Apoc.*, XII, 1.

sos y delicadísimos bosquejos que, algunos siglos antes, habían sido trazados en los Libros Sapienciales de la antigua Alianza (1).

Las gracias con que Jesucristo ha querido prevenir á su Madre no tienen semejante en ninguno de los mundos creados; y la dignidad de María, al corresponder con la más perfecta fidelidad á esas gracias, no tiene tampoco igual en ninguno de los mundos posibles. Angeles de todas las jerarquías celestes debieron ser constantes mensajeros de la gracia del Señor cerca de la casta doncella de Judá, desde el primer instante de su Concepción venturosa; pero en el acto, mil veces bendito, de la Encarnación del Verbo, la fe y la imaginación unidas ven descender sobre la Virgen Madre los favores del Dios Omnipotente como globos de luz, como luminosa llama, como reflejo directo de la Divina Esencia; así como creemos divisar también á los Serafines que rodean y asisten á María, volviendo á las moradas empíreas admirados de la humildad, de la obediencia, de las virtudes todas de la Hija de los Patriarcas. No; no intentéis buscar más allá si lograsteis distinguir un tanto toda la belleza moral, toda la grandeza de alma de la Madre de Jesús. El incrédulo y el impío han osado decir que el culto de María nace más de la sensibilidad que de la convicción. ¡Insensatos! Cuando el en-

(1) *Prov.*, VIII. — *Eccli.*, XXIV.

tendimiento cristiano pone en la meditación de los destinos y de la santidad de María toda la fuerza del raciocinio, todos los secretos de la piedad, la figura de esa Mujer escogida crece y se eleva en nuestro espíritu hasta confundirse en los cielos. Cuando el alma devota, sobre todo el corazón vehemente y reconocido, consideran á María cooperando á la obra de la Redención del mundo, sacrificando voluntariamente por nuestro amor su corazón de Madre, permaneciendo junto á la Cruz de su Hijo en aquella actitud sublime, más grande que todas las descripciones, superior á toda creación del genio humano, el hombre que aún sabe creer y sentir dobla contrito su rodilla, porque si ha visto resplandecer allí la Majestad de Dios y la Justicia Eterna, ha contemplado asimismo que la Madre de Dios es el espejo de esa Majestad y esa Justicia: Espejo de la Justicia Increada, que quiso retratar en cristal tan terso y tan puro sus Atributos adorables y sus perfecciones infinitas; Espejo de la Justicia creada, cuando ésta se revela en sus dos hermosos aspectos, como elemento esencial inherente á toda manifestación del bien y á toda virtud cristiana, y como reguladora y distribuidora incorruptible que es, y debe ser siempre, de toda merced, de toda equidad, de todo derecho.

He aquí por qué, Señores, á contar desde aquel día inolvidable en que Jesucristo fué exaltado sobre la tierra, para atraer hacia sí todas las co-

sas (1), la devoción de los fieles vino presentando igualmente á esa Virgen sus dulces homenajes de gratitud y amor. Al ignorado altar donde oraban con fervor los primeros cristianos, veremos sucederse pronto, ya la suntuosa Basílica que el paganismo abandona; ya el templo bizantino, lleno de alegorías y emblemas, que convida á la meditación y al recogimiento; ya aquellas Catedrales góticas, donde el arco ojival y la altísima torre nos están señalando sin cesar la eternidad y el cielo. María inspiró las obras maestras de la estatuaria de los grandes siglos, desde Bertoli y Miguel Angel hasta Montañés y Alonso Cano. María elevó á toda la altura del arte los delicados pinceles de Rafael, de Murillo y de Rubens. En la suavidad de tan gracioso nombre se aprendieron las más armoniosas notas de la música, desde el canto de los antiguos bardos hasta aquel *Stabat Mater*, de Jacopone de Todi, donde recogió sonidos de sobrehumana melodía el inmortal Pergolese. María ha inspirado asimismo los más cadenciosos versos, desde los Himnos de las antiguas Liturgias hasta las *Meditaciones* de Lamartine, y hasta las creaciones fecundas del más popular quizá de los poetas españoles contemporáneos (2). Y en suma, Señores, el Romano y el Franco, el Germano y el Escandinavo, el señor feudal y el pechero, el Viejo Mundo y el mundo

(1) Joan., XII, 32.

(2) Zorrilla.